
Imaginación e imaginarios geográficos en los trópicos. Naturaleza y cultura en la visión del paisaje en los jesuitas del siglo XVIII

Luis Manuel Cuevas Quintero¹
[mcuevas@upn.mx]
Universidad Pedagógica Nacional
Unidad Ajusco, México

Resumen

La experiencia tropical que comunican los textos de los jesuitas en los espacios misioneros se resuelve en el campo de lo que es posible normar, describir y expresar mediante diversos lenguajes. La emoción ante los paisajes tropicales también se contiene en esos textos, y se colocan a camino entre la retórica y la percepción del primer encuentro en los espacios interiores. Estas experiencias del viaje al interior del Continente instituyen un imaginario geográfico de América, donde la naturaleza y el paisaje comportan un lugar central en la espacialización de los saberes durante la segunda expansión de la racionalidad occidental en el siglo XVIII. En tal sentido, esta investigación se propone examinar en algunos textos, los discursos y la coexistencia de acercamiento estético y pragmático que suponen formas de valoración del paisaje americano, cuyos registros, permiten comprender la construcción de las imágenes y las diversas formas de valoración paratáctica y liminar de los paisajes interiores indios.

Palabras clave: naturaleza, cultura, paisaje, discurso geográfico, imaginación geográfica, jesuitas.

Recibido: Febrero, 2024
Aprobado: Marzo, 2024

¹ Doctor en Geografía. Universidad Nacional Autónoma de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, México, CONAHCYT CVU 490539. ORCID 000-0003-1468-408X

Abstract:

The tropical experience communicated by the texts of the Jesuits prominent in missionary spaces is resolved in the field of what is possible to regulate, describe and express through various languages. The Emotion of tropical landscapes is also contained in the texts and is placed somewhere between rhetoric and the perception of the first encounter in interior spaces. These experiences establish a geographical imaginary of America that had a central place in nature and landscape in the spatialization of knowledge in the midst of a second expansion of Western rationality in the 18th century. In this sense, this research aims to examine in some texts, the discourses and the coexistence of aesthetic and pragmatic approaches that involve forms of valuation of the American landscape, whose records allow us to understand the construction of images and the various forms of paratactic and liminal valuation of Indian interior landscapes.

Key words: nature, culture, landscape, geographic discourse, geographical imagination, Jesuits.

A José Del Rey Fajardo, s.j.
in memoriam

El viaje fue la condición indispensable para un cambio de mirada y de valor con respecto a la geografía de los trópicos americanos; en efecto, el desplazamiento y el encuentro con otras geografías supuso esfuerzos por construir varias representaciones de América que crearon las condiciones para una “invención y reinención”² de sus espacios, territorios y paisajes.

² Sobre la riqueza hermenéutica que revisten estas categorías para comprender el proceso de construcción de la imagen de América y su complejidad pueden revisarse los libros de Edmundo O’Gorman, *La invención de América: investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir* (México: Fondo de Cultura Económica), 1993 y José Rabasa, *Inventing America: Spanish Historiography and the Formation of Eurocentrism* (Norman: University of Oklahoma Press), 1993. Sobre los procesos de producción de conocimiento sobre los espacios americanos realizados por los jesuitas puede revisarse entre otros textos, la obra de Luis Millones y Domingo Ledezma (eds.), *El saber de los jesuitas, historias naturales y el Nuevo Mundo* (Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert), 2005, Manuel Marzal y Sandra Negro Tua (coords.) *Un reino en la frontera: las misiones jesuitas en la América colonial* (Quito:

Las experiencias geográficas permitieron instituir un imaginario geográfico de América, donde la consideración y valoración del paisaje comporta un lugar central en la espacialización de los saberes durante la segunda expansión de la racionalidad occidental en el siglo XVIII. La producción de imágenes geográficas y los cambios de saber del continente impulsaron a su vez un nuevo régimen de escrituras que marcaron modos de percepción de la naturaleza y de las relaciones culturales del ser humano con el medio considerado tanto en sus posibilidades como en sus limitantes.

Como se ve, la práctica espacial y el desplazamiento hacia el interior del continente constituyó un largo proceso de exploración, disposición de la mirada, formas de atención y cambios de valor sobre los paisajes, recursos y posibilidades económicas de América bajo un nuevo modelo de control y organización de territorios que entraban en conflicto y en relación con las naciones indígenas y sus propios territorios.

Lejos de suponer un mundo unívoco, los registros que se elaboraron sobre la naturaleza americana y sus culturas se nos muestran como una narración y descripción plurales, no exenta de tensiones entre los exploradores y observadores que practicaban los espacios y las maneras de representarlos y comunicarlos. Los “vértigos de listas” que elaboraron los jesuitas, enumeran y desafían las clasificaciones; la sensibilidad que transportan y el espacio físico en el que transcurría la experiencia, cuestionan a su vez el imaginario instituido. Emociones explicaciones racionales de lo observado en una geografía caracterizada por lo diverso, fueron condiciones de un *ethos* y un *pathos* que, desde un borde en el campo del conocimiento, autorizaba lo multívoco y se mostraban como una madeja de percepciones e interpretaciones que surgían del contacto geográfico en selvas, llanos, ríos y zonas montañosas.

En una observación de conjunto, es posible apreciar un doble movimiento en el proceso de dar cuenta de la experiencia del espacio geográfico americano, complejo en algunas de sus regiones, espacio abierto para establecer un dominio, tanto en el marco de un orden imperial como en el del *logos* que trató de imaginar proyecciones en el espacio más allá, de reducir o de interpretar lo experimentado en el viaje, entre ellos, en particular el de las misiones que emprendieron los jesuitas a las zonas de frontera del imperio español y portugués. Las tensiones que se producían en ellas producto de encuentros y choques entre modos de vida diferentes, en especial, la diversidad de relaciones que se establecían entre los paisajes humanos y naturales de la zona intertropical fueron objeto de registros y de explicaciones ambivalentes. Lo abierto y lo cerrado de la dimensión espacial convirtió a los territorios de misión en zonas de promisión según el imaginario europeo, en zonas de conflicto o de protección según la perspectiva de diversos grupos indígenas que algunos casos hicieron alianzas o fueron sometidos en las entradas, y en otros, opusieron en algunos casos resistencia.

Abya-Yala: Pontificia Universidad Católica del Perú), 2000; José Del Rey Fajardo, s.j. (editor). *Misiones jesuíticas en la Orinoquia* Tomos I y II. (San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira), 1992.

Por un lado, en tal contexto, el espacio imaginado se concibió cerrado en torno a un orden que imponer, que implantó formas de habitar y de agruparse en asentamientos; por el otro, la cualidad de lo abierto en tanto vivencia de la maravilla del “otro paisaje”, presionó a la observación del trópico en un recorrido que transcurre en ecosistemas diversos y paisajes que desafiaban a las percepciones; y, sin embargo, la valoración en parte se resuelve en un código de lo conocido, una traducción comparada del paisaje aunque deje, para la memoria y la emoción de los sentidos, la huella de una novedad que se resiste al *logos* y la normalización. He allí la paradoja de la observación en las zonas tropicales de América durante el siglo XVIII que intentaremos mostrar.

En este ámbito de observación, la atención sobre el objeto y la significación que se derivan de esta relación —entre lo observado y el observador— llevada a cabo por los misioneros jesuitas, devino en una traducción de la experiencia americana del paisaje, que sentó las bases para un re-descubrimiento y defensa de la naturaleza y en algunos casos de las culturas valoradas en su diferencia; esta vez, vinculada a la idea de corografía y región, de la diversidad tropical y de sus condiciones geográficas favorables al poblamiento, en especial, de sus climas y sus recursos³. Tras este hecho y proceso —pensamos—, se esconde la emergencia de un ideal y de un proyecto transformador que tuvo como base al paisaje; una distinción específica en la que se contenían emociones y visiones prácticas para su transformación, como puede observarse en la dinámica de acondicionamiento de las misiones, de su organización y de las redes de espacios socioeconómicos como el de las haciendas y hatos ganaderos⁴.

Por lo señalado, es posible mostrar en este estudio el discurso geográfico de los jesuitas y dentro del mismo, la coexistencia de formas de acercamiento y la valoración del paisaje americano: el estético y el pragmático. Cada cual con la dialéctica entre la manera retórica de mostrar las cosas y la exigencia de una nueva ciencia que explicase la naturaleza recorrida, vista, imaginada y registrada en géneros narrativos como las cartas, los memoriales, las relaciones y, en especial, las historias naturales sobre los ríos Orinoco y

³ Son importantes los trabajos de Antonello Gerbi, *La Disputa del nuevo mundo, Historia de una polémica 1750-1900* (México: Fondo De Cultura Económica), 1982. Demetrio Ramos Pérez, “Las ideas geográficas de Gumilla. La comunicación Orinoco-Amazonas y su navegación”, *Estudios Geográficos*, No.14 (Madrid, 1944): 179-199. J. Del Rey Fajardo y Edda. Samudio, *Hombre, tierra y sociedad*, (San Cristóbal, Bogotá: Universidad Católica del Táchira, Pontificia Universidad Javeriana), 1996. Edgardo Pérez Morales. “La naturaleza como percepción cultural. Montes y selvas en el Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII”, *Fronteras de la Historia*, No.11 (Bogotá, 2006): 57-84. Luis Manuel Cuevas Quintero. Como el río que fluye: los jesuitas en el Orinoco, producciones de espacialidad y experiencia de lugares en el siglo XVIII. México, Universidad Iberoamericana, 2012. (Tesis de Magister en Historia, Inédito)

⁴ Vid. Germán Colmenares. *Las haciendas de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia), 1969. Edda O. Samudio A. “Las haciendas jesuíticas de las Misiones de los Llanos del Casanare, Meta y Orinoco”, en *Misiones jesuíticas en la Orinoquia* T. I editado por J. Del Rey (San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira), 717-781. José Eduardo Rueda, *Campos de Dios y campos del hombre. Actividades económicas y políticas de los jesuitas en el Casanare* (Bogotá: Universidad del Rosario), 2018.

Amazonas en Sudamérica (en especial los territorios de la actual Venezuela, Colombia y Brasil), o en el desierto y sierras de Sonora, en el norte de lo que hoy es hoy México.

El trabajo que se presenta a continuación se divide en tres apartados:

- a) Presupuestos generales para una perspectiva sobre los paisajes.
- b) Naturaleza/cultura y discurso jesuita en los trópicos.
- c) Conclusiones. Para comprender paisajes ambivalentes.

a) Presupuestos generales para una perspectiva sobre los paisajes

En cuanto al paisaje como un componente significativo del espacio, este escrito lo aborda desde dos condiciones aparentemente contrapuestas: el espacio paratáctico y el paisaje liminar. Tales categorías de Angelo Turco⁵ se entienden como un esfuerzo heurístico que muestra, por un lado, la necesidad de poder y control, de medida y orden, es decir lo paratáctico, cuyo referente y práctica, son las propias misiones, frontera del imperio, emplazamientos bajo la idea de reducción y, en consecuencia, dominio de espacio, *el sometimiento a policía* (vida política según la lógica del imperio frente a naciones consideradas bárbaras, salvajes e infieles). Esta modalidad espacial invita a considerar la función del poder y a recabar el conocimiento estratégico que fija prospecciones, demarcaciones, causalidades, continuidades, enlaces con los centros de poder.

Por su parte, el espacio liminar, según Turco, remite a "...las formas espaciales que incesantemente componen y recomponen la indeterminación de los fenómenos naturales y la imprevisibilidad de la historia humana"⁶. Esta representación espacial combina la lógica y el sentimiento en su discurso acerca de lo geográfico; en cierto sentido, el espacio liminar se va hacia el borde de lo vivido y descubre las riquezas del cambio y de lo multívoco en el proceso de contacto con espacios diferentes. Tal categoría asociada al paisaje de las zonas misioneras abre lo que un razonamiento pasatista y anecdótico no podría hacer, captar las formas de como el primer encuentro en espacios de fronteras se carga de percepciones primarias del paisaje, del asombro y del temor, como se aprecia a la vista de una experiencia geográfica subjetiva tal y como aprecia Yi Fu Tuan⁷, relación corporal del ser humano con espacios y lugares que enlazan con ese umbral de lo liminar, emplazamiento de lo conocido y lo no conocido.

⁵ Angelo Turco, "Figuras narrativas de la geografía humana" en *Los giros de la Geografía Humana: Desafíos y horizontes*, directores Alicia Lindon y Daniel Hiernaux (Barcelona: Anthropos, México: Universidad Autónoma Metropolitana), 2010, 91-122.

⁶ A. Turco, "Figuras narrativas...", 92.

⁷ Yi-Fu Tuan, *Space and Place: The Perspective of Experience* (Minneapolis: University of Minnesota Press), 2008.

Los discursos, entre otros aspectos, portan emociones que derivan modalidades de percepción, una gramática abierta que el lenguaje de lo conocido y sus límites no permiten aún traducir. Tal liminaridad observada en la práctica del espacio misionero y en los textos que recogen ese momento de desestabilización es condición de novedad, de imagen emergente sobre la valoración del trópico frente a los determinismos que no solo subalternizaban a sus habitantes, sino que los explicaban como inferiores en una geografía adversa que propiciaba no obstante el deseo de dominación.

Ambas dimensiones del espacio (paratáctica y liminar), sirven para explicar las complejas relaciones del hombre con el entorno natural y cultural. La valoración del paisaje, como consecuencia de esta relación, permite suponer que la contemplación estética se activa como emoción y como producción incesante de significados desde la tradición y el magma emergente de lo imaginario⁸. Este proceso de construcción de imágenes y de efectos de presencia a través de los cuales se dota de emoción al paisaje, se comprende como topofilia⁹, es decir, como una compleja relación afectiva con los lugares. Allí radica su capacidad y facultad de imaginación geográfica e invención. Sirve también para dilucidar la relación material y concreta con un paisaje que no se detiene en una contemplación *paisajera*, sino que se ofrece a la acción humana en transformación; a la elección en el espacio también como relación de dominación y poder.

Estas esferas de consideración de hombre-naturaleza, la paratáctica y la liminar, sitúan la problemática de lo que el paisaje significó en un periodo de la historia colonial americana. Crean las bases de interpretación para comprender la doble relación de continuidad y discontinuidad en un espacio privilegiado para la experiencia espacial, que se proyecta con cargas semánticas y materialidades distintas en nuestros días. Nos coloca, además, en una memoria con un pasado del paisaje, que se contiene en nuestras molduras de conocimiento y edificación de imágenes y valoraciones que autorizan la proyección de un ordenamiento, o cuando más, en una ilusión, en una utopía en la selva como gustaba llamarla José del Rey Fajardo; como expresión de la confrontación de los imaginarios europeos con el espacio americano¹⁰.

Términos tales como naturaleza, cultura y hombre son próximos y permiten organizar el conocimiento geográfico del trópico. Es más, se manifiestan como parte de las interacciones del hombre en la tierra. Jacques Levy al respecto señala:

[...] la naturaleza como realidad englobante no tiene significado sino como componente del devenir humano. Sin seres humanos no hay naturaleza, solamente un

⁸ Cornelius Castoriadis. El imaginario social Instituyente, *Zona Erógena*. No. 35 (1999): 1-9. Disponible en: <http://www.ubiobio.cl/miweb/webfile/media/267/Castoriadis%20Cornelius%20%20El%20Imaginario%20Social%20Instituyente.pdf>

⁹ Yi-Fu Tuan, *Topophilia a Study of Enviromental, Perception, Attitudes and Values* (New York: Columbia University Press), 1990.

¹⁰ *Una Utopía sofocada: reducciones jesuíticas en la Orinoquia* (Caracas: Universidad Católica Andrés Bello), 1998.

conjunto heterogéneo y aleatorio de fenómenos biológicos y físicos que no existirían si algunas catástrofes destruyesen las sociedades¹¹.

Lógicamente, esto no implica que no existan diferencias entre los componentes del entorno que definen y distinguen a la naturaleza, y los componentes culturales de la acción humana y de facultades tales como la imaginación; pero son sus correlaciones las que aseguran el ámbito de la significación y del sentido de toda acción posible acerca de la percepción y definición de naturaleza dentro de un campo perceptivo y cognitivo filtrado por la percepción y los imaginarios sociales. Estas correlaciones presionan una definición de paisaje, una cierta idea de lo que la naturaleza significa en tanto que lugar de experiencias que buscan comunicarse como resultado de la práctica en geografías específicas. En este sentido, el espacio se vuelve texto; imagen mediada por la cultura, una urdimbre de signos y de significados que nacen de la correlación escrituraria de cultura/naturaleza. El paisaje de los trópicos se inscribe en esta relación.

Producción y reproducción establecen conexiones con otros espacios en conjunto, la realidad bifurcada sobre un sistema que envuelve naturaleza y cultura permite observar la constitución de los textos y los juegos que se establecen en sus relaciones. Por ello, el espacio físico y humano, el espacio misional y el espacio del imperio en sus confines [...] se constituyen en espacio de frontera entre dos mundos, en espacio que deviene en texto. En este sentido, los espacios físicos y culturales contrapuestos, liminales, son propicios para comprender el papel fundamental de la frontera semiótica, de la cultura. Lo físico y lo cultural adquieren forma o imagen en el texto espacial¹².

El paisaje, entendido así, constituye no sólo un marco de las escenas humanas. En un plano de mayor complejidad, el paisaje apunta a unas representaciones concretas del espacio, y de los lugares en el que adquiere sentido una producción que remite a las prácticas del habitar. Con respecto a lo geográfico, supone un aspecto específico, una anomalía que asombra, una morfología y un contenido como registro y ejercicio de la imaginación geográfica. El mensaje que codifican alimenta lo imaginario y es también nutrido por el imaginario instituido, que recurre, en algunos casos, a la comparación (*comparatio*, *locus amoenus*, *horror vacui*, entre otros modos de expresar retóricamente la significación del estar en un lugar, o de dibujar su horizonte de acción o límite que impacta los sentidos). La pintura, el grabado, el mapa y las descripciones que algunos viajeros,

¹¹ Jacques Levy, “Actores, objetos, entornos: inventar el espacio para leer el mundo,” en *Los giros de la Geografía Humana. Desafíos y horizontes*, directores Alicia Lindon y Daniel Hiernaux (Barcelona: Anthropos, México: Universidad Autónoma Metropolitana), 2010, 89.

¹² Luis Manuel Cuevas Quintero. *Como el río que fluye: los jesuitas en el Orinoco, producciones de espacialidad y experiencia de lugares en el siglo XVIII*, tesis de Maestría (inédita), (México: Universidad Iberoamericana), 2012, 108.

exploradores o novelistas consignan en sus escritos, constituyen según Dennis Cosgrove¹³, un tejido cultural complejo mediante el cual, la imaginación geográfica edifica social y simbólicamente un lugar otorgándole un valor.

Independientemente de los diversos enfoques de la naturaleza, no cabe duda de que, en el siglo XVIII, la perspectiva paisajística se ligaba a la concepción de un espacio necesario para la existencia y el desarrollo de la humanidad, como es posible percibir en el pensamiento ilustrado y en los proyectistas españoles del último tercio de ese siglo. Asimismo, la idea de “acrecentar el imperio” estaba ligada a un espacio instrumental, paratáctico e imaginario de dominio, pero también liminar, esto como expresión de un deseo de control y orden, de una ilusión, cuando no, de un espejismo limitado por las propias condiciones de las fronteras interiores de la América del Sur.

El espacio geográfico se abría entonces hacia otra perspectiva. El conocimiento del mundo en el nuevo régimen de las causalidades y una comprensión metafísica diferente a la religiosa vinculaba una emergencia de la imaginación geográfica gobernada por una concepción secularizada, ilustrada y despojada de la divinidad, sustituida por la razón y el progreso. Un giro perceptivo y prospectivo no exento de tensiones y de negociaciones cuyo lugar privilegiado es el borde de un imperio en franca expansión, trabajado, practicado por misioneros/exploradores que escribieron historias naturales abre posibilidades para encontrar matices que se expresan en la coexistencia de discursos teológicos y discursos con explicaciones racionales de lo observado.

En el panorama del siglo XVIII, los discursos ligados al código bíblico¹⁴ o a los de la ilustración convergen con respecto al tema de la naturaleza y la cultura, pero siguen modos de explicación y resolución distintos en torno a este problema, y allí es en donde radica la diferencia. Sin entrar en mayores disquisiciones, cabe preguntarse: ¿Qué es y qué significa la naturaleza para un religioso jesuita? ¿Cómo traduce al paisaje? ¿Qué emociones comporta el discurso en las misiones? ¿Cómo entra en trato con otras culturas?

Paratáctico y/o liminar, el paisaje es diagramado bajo la retícula del código bíblico, que suponía la naturaleza como producto de la creación, y como un espacio funcional bajo un código reformista e ilustrado, por lo tanto, objeto de observaciones científicas, de medición, valoración de potencialidades y apropiación de recursos: una naturaleza concebida como un libro abierto que se debía leer y era, del mismo modo, dimensión de ejercicio del trabajo transformador de la materia y de la imagen, del espacio ocupado, medido y proyectado en el ejercicio de la imaginación geográfica.

b) Naturaleza/cultura y discurso jesuita

¹³ Dennis Cosgrove. *Social formation and symbolic landscape* (Madison: The University of Wisconsin Press), 1998.

¹⁴ Northrop Frye. *El Gran código: una lectura mitológica y literaria de la Biblia*. (Barcelona: Gedisa), 1988.

La tierra como naturaleza habitable ha sido objeto de diversas reflexiones. La relación entre el hombre y la tierra se presentó, dentro de la concepción religiosa, como una asociación que remitía a un estar “expulsado del paraíso” y “arrojado en el mundo”, entonces ajeno. En la tierra transcurría la vida, un lugar de tránsito, y, paradójicamente, un lugar que, creado por Dios de acuerdo a un plan, debía ser celebrado y administrado como prescribía el pacto adánico base, bajo los principios rectores de la acción humana ante la creación concebida como un don dentro del imaginario religioso.

La otra concepción remitía a una consciencia que implicaba una relación material con la naturaleza de la que se era parte. Esta condición impulsaba una transformación producto de la civilización y de la cultura. El mundo era un espacio abierto al trabajo del hombre, pero también objeto de interrogaciones sobre su origen, su desarrollo y sus diferencias que podían además clasificarse y jerarquizarse.

Estas posturas compartían la búsqueda de un significado al acto de existir en el mundo, adecuado a dos verdades de naturaleza distinta: una divina y otra “racional” o de ciencia secularizada entre las que había tensiones, pero también matices.

En el siglo XVIII, la idea de someter todo al escrutinio de la razón llegará a empoderarse, despojando la concepción de la naturaleza del imperativo y dominio de la “razón” teológica. El nuevo giro se orientará a un espacio desplegado para la acción humana, vale decir, para una dialéctica de la naturaleza; para encuentros culturales violentos o pacíficos. Se desprendió de ello, un proceso relacional de poder-saber dentro del cual se despliegan matices, pues entre esas comunidades de poder y de saber que repartían el campo de dilucidación de la naturaleza y la cultura, hubo interacciones que hablan de pliegues, acercamientos, lejanías, rupturas y transformaciones de una historia menos convencional del proceso de ocupación interna en América¹⁵.

A mediados del siglo XVII y en el XVIII, el proceso de penetración de tierras desconocidas es repotenciado, la palabra novedad vuelve a permear los discursos coloniales. El acto de descubrir se proyectó hacia los espacios interiores, y en este sentido, los ríos y sus cuencas jugarán un papel importante. Es el momento de la observación atenta y la definición de los grandes ríos y sus regiones: el Amazonas, el Mississippi, el Paraná y el Orinoco. También las montañas, valles y los desiertos jugarán un papel significativo y ambivalente. En este largo proceso de avances y retrocesos, dada la complejidad de los ecosistemas y del espacio geográfico humano y natural abierto a las nuevas exploraciones se irá mostrando una paradoja que a veces se desatiende, por un lado, se dará la consolidación del misionero explorador y por el otro, la mentalidad del antiguo régimen parece debilitarse, en este intersticio, un nuevo discurso con un programa de investigación racional anuncia otro *modus operandi* de desentrañar la cuestión americana, junto al trabajo

¹⁵ Mark A. Waddell, *Jesuit Science and the End of Nature's Secrets* (Farnham: Ashgate), 2015. Steven Harris, “Mapping Jesuit Science: The Role of Travel in the Geography of Knowledge,” in *The Jesuits: Cultures, Sciences and the Arts, 1540–1773*, John W. O'Malley, Gauvin A. Bailey, Steven J. Harris and T. Frank Kennedy, eds., (Toronto: University of Toronto Press), 1999, 212–240

de los misioneros exploradores, la ilustración envía a sus observadores que empiezan a competir y dialogar con los observadores religiosos en torno al tema de la veracidad de los registros y testimonios.¹⁶

En los discursos jesuíticos esta situación propicia una tensión que afecta a la relación con el paisaje. Por un lado, la explicación y descripción posible se juegan en el código bíblico, que otorga cierta solidez a los imaginarios instituidos; por el otro, la experiencia espacial de los misioneros les conducirá a defender su locus de enunciación como observadores competentes, descriptores no solamente de asombros sino de la curiosidad científica que autoriza la práctica de los espacios de frontera, y junto a ella, la construcción de una imaginación geográfica que abre la posibilidad de ir más allá como sucede, por ejemplo, con la idea de remontar los ríos y explorarlos buscando sus fuentes, explanando su diversidad y su relación con la fauna y el ser humano. Asociado a la liminaridad, y a su condición de un decir nuevo, se diseña el control mediado por ejercicios de imaginación, prospección y proyección de dominio espacial que tendrá en la misión el emplazamiento clave de la presencia y la organización.

El pasaje de esa emergencia liminar a la necesidad paratáctica; supone delimitar, medir, cartografiar y describir entornos: el espacio deviene en campo de expansión y de control territorial. La misión será entonces el lugar central de la transformación, que configura un paisaje cultural frente a un espacio que, considerado “desierto”, sin embargo, es poblado y/o recorrido, paradójicamente, por “salvajes y bárbaros”, por “gentiles y herejes”: habitantes de un espacio natural no civilizado, según el modo europeo, pero susceptible de serlo, bajo la condición de volver la mirada del imperio a esos territorios aún no colonizados. Las formas de atención y valor tanto de uso material como moral fueron objeto de las historias naturales, que agregaron también historias civiles, sagradas y morales.

En el campo en el que religiosos e ilustrados contienden la disputa por el Nuevo Mundo, como dijo Antonello Gerbi¹⁷, marcará el proceso dialéctico de un nuevo saber, suscitado al confrontarse las ideas y la experiencia viajera-exploradora en América. Este proceso, que muchos reducen a una mera superación ilustrada y sustitución de actores sin matices, es más complejo; por ejemplo, el discurso jesuítico buscaba conciliar fe y razón. Ante la incertidumbre generada por las *Terrae Incognitae*, el espacio practicado autorizaba introducir la elucidación racional y científica de lo visto, del paisaje ya no solo como lo creado, sino como aquella cualidad a explicarse y valorarse más acá de las creencias o de los prejuicios de los que el mismo *logos* europeo era portador.

Cada exploración de la segunda mitad del siglo XVIII, aportaban tal cantidad de datos que cada vez se hacía más difícil sostener ideas meramente religiosas. Esto abrió un campo en el pensamiento jesuítico y en sus textos esa tensión entre el discurso de la

¹⁶ Jorge Cañizares-Esguerra, *Cómo escribir la historia del nuevo mundo. Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVII* (México: FCE), 2007.

¹⁷ Antonello Gerbi, *La Disputa del nuevo mundo...*

teología natural y la emergencia del discurso de la ilustración, centrada en la explicación de la naturaleza por la naturaleza misma, y ya no mediante un código bíblico debilitado. En todo ello, ignorar el valor de las regiones geográficas y sus diferencias climáticas que impelían explicar la variabilidad de la naturaleza y la cultura, ya no era posible como lo demostraron Carl Von Linneo, Malaspina, Boungainville y Johann Reinhold Forster. La nueva perspectiva naturalista permitía apreciar que las especies estaban relacionadas con el medio que habitaban.¹⁸ Los jesuitas, no estaban al margen de tales discusiones y en sus textos mostraban los contrastes climáticos de un continente abierto a las posibilidades de habitabilidad. También se percataron del valor geográfico que permitía explicar las diferencias regionales, cuya expresión eran los propios paisajes.

Este contexto de crisis presiona la relación con el paisaje como continente y abre la brecha como contenido en sí mismo. Se trataba de responder a las especificidades de la región, los lugares y los fenómenos de la naturaleza.

Para el caso de las regiones tropicales de América, se percibe entonces una cierta emergencia de descripción paisajística en el discurso misionero, que exalta un contenido proclive a la explotación económica y al esclarecimiento científico, pero igualmente a la belleza de lo americano. Tal giro se prefigura en algunos pasajes de las historias naturales y civiles de los jesuitas antes del exilio, aunque eclosionan sobre todo luego de 1767. Ejemplos de ello son las obras de Gilij, Molina y Del Barco, quienes estuvieron en el Orinoco, Chile y México respectivamente; y elaboraron esfuerzos de explicaciones objetivas, racionales y paratácticas del espacio, acompañadas de descripciones de paisajes y recursos. Por su parte, Rafael Landívar, en su *Rusticatio mexicana*, ofrecerá la expresión más acabada del paisaje bello; su discurso geopoético permitirá, a su vez, construir un imaginario estético de América que ensalza el campo, sus virtudes y su economía, base de la conciencia criolla emergente de fines del siglo XVIII y primera mitad del XIX.¹⁹

El cambio de relación paisajística, entre mediados del siglo XVII y del XVIII, no puede considerarse sin una práctica que en la larga duración del siglo irá acumulando descripciones cada vez más densas. La relación entre práctica y discurso creará las condiciones para que emerja una nueva imaginación geográfica que exalta el paisaje como producto del proyectismo español favorecido por las políticas borbónicas. Muestra asimismo la necesidad de convertir los espacios, para el caso de las misiones, en asentamientos autosuficientes de producción ganadera y de otros productos coloniales, así como el imperativo estratégico de poblar y organizar ese poblamiento en un orden de

¹⁸ Vid “la geografía de la vida” en Peter Bowler. *Historia Fontana de las ciencias ambientales* (México: FCE), 1998, 126-129.

¹⁹ Marco Aurelio Ramírez, “Albores de la Independencia: emergencia del americanismo telúrico en la Lírica Criolla colonial” en *El otro lado del imperio. Nueve miradas en torno a la crisis del orden colonial*, Compiladores, Carmen Carrasquel y Luis Manuel Cuevas Q. (Mérida-Venezuela: Universidad de Los Andes, 2010), 63-84.

“polis”, de vida política (*someter a policía* dicen los documentos de época), de reducción del salvaje y el bárbaro a seres civilizados según el orden de la cultura hegemónica.

Tal perspectiva geográfica marcará la emergencia de un espacio paratáctico de territorialización. Como consecuencia de ello, se comprende que el paisaje visto, sentido y registrado, oscilará entre la descripción de su belleza, y en tanto dispositivo para la apropiación de los recursos o para impulsar y sostener los avances del poblamiento en las fronteras. Remontar y describir los ríos que servían de arterias comunicativas y organizaban la penetración hacia las regiones internas, fue imperioso; evidenciando ello el rol jugado por los misioneros exploradores en los grandes ríos como el Amazonas, el Orinoco, El Plata, el Guaviare, entre otros.

La información recopilada por los jesuitas —educados en un aristotelismo científico en colegios y universidades—, en los territorios de misión, se consideraba válida por haber estado estos misioneros en esos lugares²⁰, este hecho permitía una construcción de autoridad que los favorecía en cierto modo como interlocutores confiables en el espacio intelectual del siglo XVIII. Este estilo de pensamiento, adaptado a la concepción cristiana, esclarecía las cosas de la naturaleza en forma y función, lo visible se ordenaba visualmente y alrededor de sus cualidades físicas, de los más y los menos, de sus medidas (pequeñas o grandes) que marcaban la relación de las especies con unos ambientes idóneos para la vida. Una oposición que fundamenta la concepción del medio en tanto espacio que podría favorecer u obstaculizar el desarrollo, vale decir, de un trópico ambivalente, espacio de posibilidades y también de límites.

Esta situación motivó duros debates sobre la naturaleza de las Indias. En el siglo XVIII, en medio del proceso dialéctico entre las escuelas de la Teología Natural y las de un iluminismo creciente, la naturaleza fue objeto de enconadas luchas sobre las bondades o las adversidades de las Américas. Dos programas se repartieron como observamos, el mismo campo y, sin embargo, lejos de simplificar su carácter dialéctico las coloca en relación, como ya hemos señalado. En este campo de discusiones, los jesuitas tendrán un lugar importante, aunque poco reconocido en la defensa del Nuevo Mundo, al menos en la bibliografía convencional de historia de la ciencia.

Los misioneros de la Compañía de Jesús contaron con una experiencia empírica del trópico. En sus recorridos al interior registraron noticias curiosas, pero, junto a ellas, las listas de recursos, de especies y los paisajes nos ofrecen un panorama de clasificación que por momentos desborda el discurso de la tradición y del modo de traducir lo visto.

También describieron paisajes que funcionaron como marcos para la visualización y para la memoria, como campo imaginario que alimentó tanto el conocimiento del trópico como su representación. La valoración a través de la imagen geográfica vinculada a la abundancia y lo estratégico, funcionó en algunos casos como propaganda para atraer la

²⁰ Luce Giard, “La actividad científica en la primera Compañía” en *Los jesuitas y la ciencia, Los límites de la razón*, coordinador José Luis Bermeo, *Artes de México*, No. 82; (2005): 9.

atención del Rey y de los centros metropolitanos del poder que poseían jurisdicción sobre las zonas misioneras.

Descripciones extensas y densas ofreció entonces Joseph Acosta en *Historia natural y moral de las Indias en que se tratan las cosas notables del cielo, y elementos, metales, plantas, y animales dellas, y los ritos, y ceremonias, leyes y gouierno y guerras de los Indios*. Este enunciado englobaba una pluralidad temática enciclopédica que marcará un estilo en los géneros discursivos. El siglo XVIII será el testigo de una explosión²¹ de descripciones y disertaciones científicas dentro de la comunidad de los jesuitas: Cristóbal de Acuña en *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas*; Josep Gumilla en *El Orinoco ilustrado. Historia Natural, Civil y Geographica, de este Gran Río, y de sus caudalosas vertientes...*; Miguel Del Barco en *Historia natural y crónica de la antigua California*; Joseph-François Lafitau en *Mœurs des sauvages américains comparées aux mœurs des premiers temps*; Agustín de Vega en *Noticia del principio y progresos del establecimiento de las Misiones de gentiles en el río Orinoco por la Compañía de Jesús*; Juan Ignacio de Molina en *Saggio sulla storia naturale de Chili*; Filippo Salvatore Gilij en *Saggio di Storia Americana, o sia Storia Naturale, Civile, e Sacra De regni, e delle provincie Spagnuole di Terra-ferma nell' America meridionale*; Ignacio Pfefferkorn en su *Descripción de la Provincia de Sonora*; João Daniel en *Tesouro Descoberto no máximo Rio Amazonas*, y José Manuel Peramás en *La República de Platón y los Guaraníes*.

Todos ellos ofrecerán imágenes de la abundancia y exuberancia del medio a través de largas listas de especies y cuadros de paisajes. Nos detendremos en algunas narrativas referidas a los ámbitos y paisajes geográficos del Amazonas, del Orinoco y del desierto de Sonora para contrastarlas.

Junto al “vértigo de listas” —como dice Umberto Eco sobre este ejercicio que reclama lo inconmensurable²², que reúne inventarios de especies y narrativas sobre el recorrido hecho por estos jesuitas—, la idea de forma y función del paisaje presiona cualquier interrogación, abriendo una reflexión sobre su valor material, representacional y las condiciones para consolidar los procesos de poblamiento y darle sentido, al menos en el concepto jesuita de apropiación espacial, que transforma lo religioso y la materialidad del medio en espacios socioeconómicos que garanticen una estabilización y control imperial de la ocupación y del orden en función de sus bases materiales y espirituales.

¿Qué función cumple el paisaje en la visualización de las cantidades y de las cosas excepcionales como las que ofrecían las listas que apelaban a un paisaje de la abundancia?

²¹ Seguimos a Iuri Lotman, *Cultura y explosión. Lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social* (Barcelona: Editorial Gedisa), 1999; el criterio de explosión presiona toda posición dogmática y lineal en la producción de saberes, también remite a lo que no se puede considerar como “puro” dado que se juega en relación a la producción constante de mensajes que se juegan entre tradición y novedad. Una acción que en la semiosfera separa lo propio de lo ajeno, pero que no anula la tensión y dialéctica entre ambos como condición necesaria de la producción de conocimientos.

²² Umberto Eco, *El vértigo de las listas*, (Barcelona: Lumen), 2009.

El paisaje en tanto que recursos era también ámbito para el comercio y el basamento de sostenimiento de las poblaciones. Expresaba también lo inconmensurable de la creación. No perdamos de vista esta valoración retórica y del imaginario religioso de los misioneros que buscaban persuadir sobre la maravilla de lo creado por Dios, de la bondad de un territorio y sus posibilidades.

¿Qué forma y función tiene el paisaje en una exégesis entre la condición estética que comienza a prefigurarse y la intención retórica de ese paisaje como un instrumento para la edificación del observador? El acto de contemplación de la obra de Dios reúne al observador religioso con un fragmento de la creación, que se abre a su mirada atenta y a la posibilidad de actuar para la mayor gloria de Dios en tales terrenos:

¿Qué función comprende el paisaje abierto a la acción del proyecto reformista borbónico del siglo XVIII, que comparten, en cierto modo, los jesuitas con respecto a la transformación espacial producto del trabajo y del orden, amenazado por la resistencia de las tribus y por la injerencia de otras potencias europeas?

No hay supremacía o superación entre una y otra condición del paisaje, ambas —la material y la imaginaria—, marchan paralelas, y se explican en los niveles de articulación de la tradición con la experiencia del paisaje tropical dentro de la nueva inscripción del “descubrimiento”, en un ambiente de lectores que ya no están solamente bajo control de la Iglesia, sino que las noticias circulan y se juegan en la comunidad científica emergente, y en una apelación a una ampliación del comercio que demanda ciertos productos tropicales del naciente mercado capitalista.

Cada paisaje descrito media entre el observador y el lector. Remite al lugar, lo dota de un contenido visual correlativo a la experiencia del espacio y lo construye como representación. Examinaremos algunos casos de descripción paisajista elaborados por jesuitas que reúnen un referente común: son paisajes americanos que disputan una valoración de los trópicos. Veamos algunos ejemplos de estos procesos de visualización y registro paisajero.

El espacio físico es representado como paisajes que remiten a la abundancia, si contraponemos tres discursos sobre al espacio ecuatorial y otro a la zona templada en transición, observaremos que comparten en tanto que zonas especiales de misión una valoración de los recursos expresada mediante hipérboles. Esta magnificación de zonas contrapuestas son, por ejemplo: El Amazonas, El Orinoco y Sonora. Esto nos ayuda a comprender el diseño de un patrón y de un imaginario geográfico misionero.

En su dedicatoria al Conde-Duque de Olivares, Cristóbal de Acuña, en su libro *El Nuevo Descubrimiento del Río Amazonas*, editado en 1641, apela a la extensión, la cantidad de habitantes y naciones que ofrece la cuenca del río Amazonas. La grandeza y majestuosidad expresan paradójicamente la inconmensurabilidad de sus “tesoros” y sus almas (sujetos a evangelizar), el conjunto es parte de un espacio para “acrecentar la

corona”.²³ Extasiado frente a este espacio geográfico, el misionero dice que busca volver a poner tal espacio ante a los ojos del Rey. La imagen fluye, junto a la potencia y la dinámica del espacio que va de un punto geográfico al centro metropolitano, remite a la fecundidad del Amazonas, un campo para aumentar la presencia imperial y con ello la magnificencia de un paisaje que da contenido al territorio:

El río está poblado de islas, grandes y pequeñas, estas Islas de menor porte, y a veces mayores, ó muchas partes de ella, baña todos los años el Río, fertilizándolas de suerte con sus Lamas, que no pueden jamás alegar título de estériles, aunque por muchos años continuados, se les pida el ordinario fruto, que es el maíz y la yuca, o mandioca que es el común sustento de todos, y del que se tiene mucha abundancia.²⁴

Para Joseph Gumilla quien escribe *El Orinoco ilustrado y defendido...*, cien años después en 1741 y 1745, el paisaje de la Orinoquia se expresa en la plenitud de los recursos que él describe con minuciosidad. Esta riqueza de lo diverso es ofrecida a la acción humana. El Orinoco para Gumilla es un “espacioso y dilatado terreno”, está poblado en cierto modo, pero posee además de una condición de “desierto”²⁵ es decir, un lugar ausente de trabajo que podía salvarse con la traída de inmigrantes, dadas sus bondades y posibilidades para su poblamiento y colonización. Estamos en presencia de una idea explosiva que se comprende dentro un contexto dominado por las ideas del determinismo geográfico de Buffon, De Pauw y otros ilustrados emergentes que hablaban de un espacio inhabitable, en especial los humedales del trópico, y sus selvas que eran medios que debilitan al ser humano. Para Gumilla la cuestión era diferente y su valoración implicaba no solo una propaganda sino un espacio que había visto, practicado y por lo tanto valorado en sus características y condiciones:

Las vegas de éste y de los ríos que recibe pudieran dar abrigo a muchas y grandes villas y lugares de españoles, y sus fértiles ejidos y campañas rasas dieron pasto abundante a innumerables cabañas y hatos de ganado. Todo está pronto, todo convida al cultivo, y por todas partes ofrece el país larga correspondencia en ricos y abundantes frutos, entre los cuales no es de menor importancia aquella fruta o especie aromática que vulgarmente se llama Vainilla.²⁶

Esta idea de transformar el espacio dado y sus recursos hace eco en João Daniel, un jesuita expulso de las posesiones de Portugal²⁷, quien escribió en prisión el *Tesouro*

²³ Cristóbal de Acuña, *Nuevo Descubrimiento del Gran Río Amazonas* (Madrid: Imprenta de J. García, 1891), XVIII-XIX.

²⁴ Acuña, *Nuevo Descubrimiento...*, 44-45.

²⁵ Joseph Gumilla, *El Orinoco ilustrado y defendido*, col. Fuentes para el Estudio Colonial de Venezuela (Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1993), 250.

²⁶ Gumilla, *El Orinoco...*, 249-250.

²⁷ Sobre la obra de esta jesuita vid, Vera Maria Fonseca de Almeida-Val, “Revisitando a obra de Padre João Daniel. Redescobriendo o Tesouro”, *Revista de Estudos Brasileños*, número especial – bioma Amazonia, Vol. 6, No. 11 (2019): 221-227, <https://www.revistas.usp.br/reb/article/view/154377/150572>

descoberto no Máximo Río Amazonas entre 1757 y 1776. Daniel dedicará un capítulo de su primer volumen a la “indolencia y negligencia en aprovecharse del gran tesoro que Dios les dio en aquel río”. En otro expulso, el alemán Ignaz Pfefferkorn, quien pasó 11 años en Sonora y California, escribe en Alemania la *Descripción de la Provincia de Sonora* editada en Colonia en 1796, donde convierte al paisaje sonorenses en una apología de una geografía que él, como otros, ha vivido y no desde la distancia lejana del gabinete que suele distorsionar las experiencias del campo o ignorarlas:

En conjunto, Sonora es una región bendita. Sus cerros y sus valles brillan con minas de oro y plata. En verdad, sus ríos tienen oros y con frecuencia se encuentran en arenas en algunos otros lugares. La fertilidad del suelo incita a maravillarse. Produce incomparablemente plantas, árboles y cualquier cosa que requiera suelo rico y aire caliente para crecer. Muchas plantas que han sido introducidas en Europa crecen excelentemente allá y podrían prosperar mucho más si hubiera gente que se aplicara a sus cultivos con diligencia y trabajo. En los cerros, así en los llanos, hay la más excepte pastura; crecen abundantes los pastos más finos y de toda clase de hierbas saludables. Debido a esto Sonora tiene las condiciones más favorables y convenientes para una industria ganadera considerable y por espacio de unos treinta años han mantenido multitud de animales durante el año entero en sus magníficos pasos.²⁸

El paisaje en esta descripción es abierto a un régimen de percepción cuya relación paratáctica y liminar visualiza, en términos estéticos, un paraíso cuyos lugares concretos se vinculan al discurso de la abundancia manifestada en los numerosos recursos de Sonora, atractivos a las economías europeas y, en el caso del jesuita alemán, del propio Virreinato de la Nueva España con sede en Ciudad de México.

Esta visión se refleja transversalmente en la mayor parte de los textos misionales de los jesuitas. Así, para Acuña, “Los árboles en este río [Amazonas], son sinnúmero, tan altos, que se suben a las nubes; tan gruesos que ponen espanto [...] son todos por la mayor parte de tan buenas maderas, que no se pueden desear mejores.”²⁹

En Gumilla, su historia natural se despliega en extensas descripciones de lo exuberante³⁰, es así como desfilan los bosques de cacao (cakahuales), canela, café, caña de azúcar, tabaco, índigo; árboles éstos que formaban parte de los productos en alza para el gusto europeo y de sus mercados. Estos rubros expresados en paisajes exuberantes o espacios susceptibles de intervención y control estimulan expediciones para encontrar zonas con potencial agrario y pecuario. Un ejemplo de ello será el país de la canela, país vegetal signado por esta especie, distintivo botánico de un espacio mítico que estimula la

²⁸ Ignaz Pfefferkorn, *Descripción de la Provincia de Sonora* (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2008), 42-43.

²⁹ Acuña, *Nuevo descubrimiento...*, 66.

³⁰ Vid la exhaustiva lista de productos que en su mayoría fascinaban los gustos europeos que ofrece Gumilla en el capítulo XXIV, *El Orinoco...*, 246-251.

imaginación geográfica. Esta apelación a la riqueza y la abundancia se codificará en los textos jesuíticos de los misioneros expulsos.

De este modo, los paisajes del trópico comienzan a convertirse en un *locus* de enunciación de la abundancia y lo que con ella se asocia: opulencia, riqueza, cantidades, exuberancia. El discurso, del que son portadores los textos de estos misioneros, conduce a una condición de valor ligada al comercio, a la explotación de recursos y al trabajo en tanto que incentivo para ocupar y transformar el paisaje natural dado por Dios y otorgado, como señala el código bíblico del Génesis, en administración. En este sentido, los fenómenos naturales como los ríos, componentes de la creación, se convierten en un eje del cuadro visual que, como pintura paisajera, es expresión de una educación de la sensibilidad, atrae la atención y despierta los sentidos, invitando a explorar para continuar con la expansión en el espacio del deseo, y en la frontera concreta de un imperio que se proyecta hacia la geografía interna del continente.

Juan Rivero, uno de los primeros jesuitas misioneros en Los Llanos venezolanos, sistematizará una visión unitaria de los ecosistemas llaneros y la Guayana, articulados por el Orinoco, donde la riqueza hidrográfica domina el paisaje:

Todo este inmenso cuerpo de llanuras está bañado de ríos y quebradas, como se dijo ya, en lo cual ostentó Dios lo grande de su sabiduría y lo admirable de su divina Providencia. Su sabiduría, en el orden y concierto con el cual repartidas las cosas y puesta cada una en su lugar, se hace habitable esta región, que de otra manera fuera imposible vivir.³¹

Esa mediación cultural se convertirá en un lugar de un imaginario fluvial desde el cual parten otras descripciones de jesuitas. Así para Filippo Salvatore Gilij, la diversidad de especies define el espacio de la cuenca del río Orinoco en tanto que riqueza dispuesta en la escala jerárquica de los ríos, pues este río de la abundancia debería ocupar un sitio principal:

Es de mirar ahora más atentamente al Orinoco y de considerarlo por dentro. Aquí sí que no soy nada contrario a Gumilla, que tantos elogios hizo de él, y además habiendo estado tan largo tiempo, puedo acaso decir más. En la longitud y en la abundancia de aguas está con todo el Orinoco por debajo del Maraón y de otros célebres ríos de América. En la abundancia de peces no le vence acaso ninguno.³²

Así el paisaje de la diversidad de la naturaleza remite a las condiciones de un río que posee en sí mismo el código del Nuevo Testamento de la “multiplicación de los peces”, de una riqueza de especies que no solo es maravilla gastronómica, sino que es motivo de asombro para el gabinete de curiosidades y, por lo tanto, de la ciencia incipiente que funda

³¹ Juan Rivero, *Historia de las Misiones del Casanare y de los ríos Meta y Orinoco* (Bogotá: Imprenta de Silvestre y Compañía, 1883), 3.

³² Filippo Salvatore Gilij, *Ensayo de Historia Natural* (Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, T. I, 1965), 89.

su mirada sobre esa diversidad; cuya abundancia del trópico troquela el texto misional jesuita frente al discurso determinista que infravalora sus condiciones, su potencia e inhabitabilidad.

En João Daniel, el código bíblico filtra su percepción del paisaje amazónico selvático, la exuberancia que registra se asemeja al mundo primigenio del Génesis, un “jardín” pleno de frutas, con una fertilidad indiscutible de la naturaleza; en su visión de misionero, la naturaleza es creación e instrumento de Dios y la selva amazónica se muestra “[...] alegre, siempre verde y florida”.

Parece demasiado exagerado querer comparar América con el paraíso, pero es verdaderamente semejante todo el estado de Amazonas y Grao Pará, y todo el distrito grande con sus ríos secundarios, si bien cultivados se asemejan a una granja y a un bien confeccionado jardín, o una vistosa y alegre floresta, con la diferencia de que este bosque necesita para cuidado de las flores, un jardinero, para la maestría el capataz para cuidar las frutas; y la tierra de la propia Amazona, por lo que es manufactura de la naturaleza la fertilidad de la tierra y la bondad del clima, es granja, jardín, es bosque siempre alegre, siempre verde y siempre florido, de modo que los que quieren concebir un debido [concepto] de la idea de América, esta es siempre una perpetua primavera.³³

Por otro lado, los matices del verde de la floresta tropical también impregnaba la obra de Gumilla, el paisaje trópico para él está dominado por distintas tonalidades de verdes permanentes (un código del exotismo europeo que pervive aún en nuestros días a través de la imagen de selvas siempre verdes en contraposición a los bosques caducifolios de las zonas templadas). Se trata entonces de volver la mirada sobre el paisaje selvático:

Ahora volvamos la vista a los dilatados llanos de la parte Norte y del Poniente, que, interrumpidos con muchos ríos, vegas y bosques, forman un bello país, siempre ameno y verde, sin despojarse árbol alguno de sus antiguas hojas, hasta vestirse primero de verdes y pomposos cogollos.³⁴

Pero en la mirada sobre el Orinoco, en donde toma una dimensión sustantiva la narración de la maravilla del paisaje natural, es en el tema de las Tortugas y su relación con el entorno físico y humano, que también se observará en extensos pasajes de Gilij y João Daniel.

El *topoi* de la tortuga en tanto que parte del paisaje tropical, había aparecido con Acuña³⁵ en referencia a lo alimentario y las prácticas de recolección y fiesta ritual de los pueblos ribereños del Amazonas. En Gumilla y Gilij, este *topoi* se amplifica a la magnitud del asombro y la paradoxografía con respecto al Orinoco, volviéndose un paisaje

³³ João Daniel, *Tesouro descoberto no Máximo Rio Amazonas*, vol. 2 (Río de Janeiro: Contraponto Editora, 2004) 410.

³⁴ Gumilla, *El Orinoco...*, 202.

³⁵ Acuña, *Nuevo descubrimiento...*, 52-53.

maravilloso y en relación con cantidades exorbitantes de la Orinoquía que se quiere mostrar.

A partir de su disposición en el discurso, la amplificación de esta abundancia de especies en el espacio natural del río es cosa de asombro. La descripción de las tortugas que Gumilla “ha visto repetidamente” y “experimentado y tocado con mis manos”,³⁶ se transforma en sinnúmero, multiplicación infinita, en hipérbole tropical. La abundancia es tal, que señala Gumilla, “[...] tan dificultoso es contar las arenas de las dilatadas playas del Orinoco como contar el inmenso número de tortugas que alimenta en sus márgenes y corrientes”³⁷.

El espacio recorrido y vivido permite a estos misioneros observar con atención el establecimiento de relaciones de las especies con el entorno fluvial o selvático, el discurso se fundamenta en la visualización de un conjunto paisajístico que brinda especificidad y conexión en paisajes tropicales. La curiosidad referida se explicita en función de lo “reparado”, es decir visto y verificado, que se acompaña con la representación de un paisaje en cuyos marcos la explosión de vida es posible en un trópico que invita la mirada del trabajador, del científico, del economista, del inversor, del misionero y en la perspectiva hegemónica de una reducción de los poblamientos indígenas al modelo misional.

La innúmero presencia de la tortuga verde o arrau en el Orinoco y en el Apure, que definen el carácter local de ciertos paisajes, es motivo de una admiración que es experimentada por el misionero con el cuerpo y sus sentidos, una situación de narratividad produce en el lector un efecto de presencia, de transferencia de la experiencia tal como lo relata Gilij:

En la playa amplísima que está más debajo de Uruana, vi una tarde con mis propios ojos tanta multitud de tortugas, las unas cavando con sus patas la arena, otras poniendo huevos, que quedé sumamente maravillado. Entonces no sólo se les puede poner el pie en su dorso, sino que se puede uno sentar como en un escabel.³⁸

En otro plano está el modelo nuevo de organizar los asentamientos, la Reducción, nombre con el que se conocían los núcleos de población, también es significativa como espacio en construcción de representaciones paisajísticas de tipo paratático y liminar. El espacio concebido como sagrado se dispone como “palestra” para la lucha por la fe.³⁹ La reducción concentrará poblaciones y naciones que, a los ojos europeos, estaban dispersas y nómades. Este núcleo será igualmente el espacio de transformación, para la “conversión”, y delimitador entre dos visiones del mundo.

³⁶ Gumilla, *El Orinoco...*, 229.

³⁷ Gumilla, *El Orinoco...*, 229.

³⁸ Filippo Salvatore Gilij, *Ensayo de Historia Natural...*, 107.

³⁹ Cuevas Quintero, “Navegando en el mar de los gentiles. Metáforas del espacio sagrado en el discurso jesuita del Orinoco (siglo XVIII)”, *Revista Geográfica Venezolana*, Instituto de Geografía y Conservación de los Recursos Naturales, No. 1 Vol. 58 (2017), 222-238

Gilij, por ejemplo, representaba a las reducciones como un lugar de estabilización que marca una diferencia entre un orden centrado en el modelo de organización misionera—cuyo horizonte de realización eran las misiones guaraníes—, y un caos exterior de singular peligrosidad. El paisaje afuera de la misión adquiere otro atributo, se muestra indómito y autoriza, por ende, un ordenamiento; que puede ser comparado en términos militares, es decir de defensa, confrontación y lucha:

No puedo negar primero que entre las reducciones y las selvas hay aquella diferencia que hay entre cuarteles y el campo de batalla. Las reducciones son de ordinario tranquilas, están fortificadas contra los enemigos y defendidas por un número suficiente de soldados. Las selvas por el contrario carecen de defensa, expuestas a los ataques de animales salvajes, y espantosísimas por sí mismas.⁴⁰

Bajo esta manera de concebir el espacio se contraponen dos paisajes: uno remite a la seguridad garantizada por el “pueblo” o el núcleo de población concentrada; y el otro el de la selva, cuyo paisaje, es en sí lo tenebroso, la desprotección, el yermo en el que se encuentra el “enemigo”, el demonio, las tribus hostiles, los traficantes de esclavos con los que los jesuitas en particular llevarán una dura confrontación que se expresan en memoriales, cartas e informes. La reducción implicaba una conversión del espacio adverso y un paisaje cultural en alto el grado de civilización frente a la vida en la selva; al respecto, se pregunta el jesuita italiano:

¿Qué había hace pocos años en el Orinoco, escondidos los habitantes en sus selvas, sino una horrenda soledad? [...] reducidos ahora todos, o casi todos, y llevados de las selvas a las orillas, este río por medio de varias poblaciones se ha convertido en un hermoso lugar.⁴¹

De esa contraposición entre cultura y naturaleza emerge otro espacio, el de la misión, una nueva heterotopía, recordemos con Foucault⁴² que estos espacios se caracterizan por su ruptura, por la ilusión y el deseo de concretar un modelo ideal de vida, diríamos de producir un sentido que invierte y cuestiona el orden anterior. En este caso, las misiones eran lugares de borde frente al otro orden que suponía la ciudad colonial como centros urbanos de poder y frente a la dispersión de los modos de poblamiento tribales. Además, la Misión se encuentra en la frontera, en esa otra geografía cuya liminaridad favorece una revisión y un reconocimiento de diferencias que el discurso e imaginario hegemónico no alcanzaban a ver, y que se desestabilizaba en la experiencia del espacio y los lugares.

El *ordo misionalis* y su área de acción es condición de posibilidad, y produce otros paisajes que convierten lo “espantoso” en un “hermoso lugar”, dado su poder como espacio

⁴⁰ Gilij, *Ensayo de historia Natural*..., 116.

⁴¹ Gilij, *Ensayo de historia Natural*..., 59.

⁴² Michel Foucault, *EL cuerpo utópico: las heterotopías*, (Buenos Aires: Nueva Visión), 2010.

transformador de lo selvático, como oposición a esa otra faceta del paisaje natural: caótico, “desierto” de la incivilización.

Topofilia y topofobia gobiernan las relaciones de los religiosos con esos paisajes de geografías diferentes a las de sus lugares de procedencia. Esto dificulta una lectura e interpretación lineal y literal, y es una alerta para aquel crítico que pretende reducir toda narración misional al prejuicio o a una idealización extrema. Lo que se descubre, en la medida en que se comprenden los textos y contextos de estos escritos, son matices que obedecen a cambios constantes en la práctica del espacio y en la narración liminar que es noticia, revelación, emergencia de otra cosa que interpela al observador y lo mueve a dar explicaciones no convencionales, punto de fuga para la imaginación geográfica sobre un territorio por explorar.

En tal sentido, la imagen que evidencia tal percepción en la narración paratáctica y liminar es polifónica. Gilij al referirse al paisaje deltano y a la peligrosidad que los trayectos imponen al viajero, convierte al paisaje en naturaleza contraria al goce, en obstáculo de existencia que, sin embargo, se abre porque los mitos geográficos, como, por ejemplo, El Dorado, lo exigen como condición de movilidad para trabajar a la mayor gloria de Dios y el Rey:

La horrible vista del golfo triste, el país llano, casi siempre inundado, que está junto a las bocas del Orinoco, las pérdidas de equipajes y navíos, los rápidos difíciles de superar, y sobre todo los feroces habitantes, han hecho que un río tan vasto haya quedado desconocido de muchos hasta ahora. No raras veces voy pensando entre mí que de no intervenir en el ulterior descubrimiento del Orinoco la fábula del famoso Dorado sería aún desconocido y yacería descuidado.⁴³

Sin embargo, esa percepción de Gilij de lo “horrible” del Delta del Orinoco, plantea un conflicto de interpretaciones de esos paisajes donde domina el mundo del agua que en Gumilla su antecesor, toma otro nivel al valorar en *El Orinoco ilustrado y Defendido...* la vida fluvial de los waraos vinculada y adaptada de forma admirable al medio y a la presencia de la Palma de Moriche, un don de Dios del que sacan todos los productos para vivir⁴⁴. En el Tomo III de su obra, Gilij considera su valoración del agua en términos de afectación psíquica, este elemento primordial del Orinoco y la Guayana caracteriza los paisajes de un espacio geográfico que se vuelve “bello”, melancólico o de celebración de la naturaleza por su acción. Los regímenes de lluvias e inundaciones de las selvas lluviosas de una gran parte de la cuenca del Orinoco convierten a la estación en tiempos “tristes y lluviosos”, estos se pueden contrastar con los tiempos “hermosos y serenos que llaman

⁴³ Gilij, *Ensayo de historia Natural...*, 39-40.

⁴⁴ Consúltase el Cap. IX en la primera parte de *El Orinoco Ilustrado...*, dedicado íntegramente a describir como un *locus amoenus*, una especie de utopía selvática y fluvial de esta etnia y su dependencia de la palma de Moriche.

verano”, expresados en “un calor dilatado”⁴⁵. Sin embargo, ese tiempo “triste y lluvioso”, ese ciclo de las aguas abundantes, transforman el paisaje, donde explotan los colores de árboles y flores, mostrando una relación sensorial de quien mira y goza del paisaje:

Apenas venidas las primeras aguas, como si volviese la primera tras rígido invierno, llenense de nuevas hojas las selvas. Vuelve a la campiña, desolada antes, y quemada en verano por el sol, el prístino vigor y belleza. Se ven por todas partes flores y bajo la sombra de los árboles en las selvas y en los prados se goza el poco de fresco que inútilmente se buscaría en verano, cuando están los árboles sin frondas.⁴⁶

El paisaje es entonces un lienzo, un soporte que contiene los elementos del entorno, un tejido cuya comprensión no puede alcanzarse sin la experiencia de verlos por sí mismos.

Cristóbal de Acuña, con respecto a la magnificencia del Amazonas, dirá: “Desta apacibilidad de temples, naze sin duda la frescura de sus orillas, que, coronadas de varios, y hermosos árboles, parece que, a porfía, están de continuo dibujando nuevos paisajes, en que la naturaleza se esmere, y el arte aprenda”.⁴⁷ El río tropical es pues una pintura que se despliega como naturaleza divina: “Del río Amazonas se puede afirmar, que sus orillas son de fertilidad paraísos, y si el arte ayuda a la fecundidad del suelo, será todo él unos apacibles jardines”.⁴⁸ En João Daniel, la visión paradisíaca, que apela al goce geográfico, se establece por analogía, “[...] ha sido el escritor, [que] tomado de tal abundancia, riqueza, el que duda de si América sería el verdadero paraíso de las delicias en que Dios creó a Adán, porque con sus deleites realmente se confunde con el paraíso terrenal”⁴⁹.

Juan Rivero se ubica también en esa representación paradisíaca como recurso retórico como expresión del imaginario geográfico religioso para ganar la atención del lector, no hay palabras para narrar su grandeza, ante el cual “la pluma se hace impotente”.⁵⁰ A la vista del monte Apiaro, que marca la ruta del Orinoco hacia la línea equinoccial antes de desembocar en el Atlántico, Rivero, señala que este se dispone de tal forma y con tanta cantidad de elementos y colores que podría, aunque imperfectamente, ser convertido en arte:

Esta cumbre de Apiaro es una de las mejores y más deliciosas vistas que se han descubierto en este Nuevo Mundo, la cual si se hallara en Europa habría sido adornada con las delicias que trae consigo el arte, realzando su belleza natural, pues se descubren desde su altura las riberas del río en continuadas vueltas, coronadas de frondosos árboles que á porfía dibujan verdes y preciosos paisajes, sobre floridos prados, con

⁴⁵ Gilij, *Ensayo de historia Natural*..., 33.

⁴⁶ Gilij, *Ensayo de historia Natural*..., 36.

⁴⁷ Acuña, *Nuevo descubrimiento*..., 64.

⁴⁸ Acuña, *Nuevo descubrimiento*..., 35.

⁴⁹ Daniel, *Tesouro*..., 410.

⁵⁰ Estas palabras las expresa Rivero sobre a los llanos que flanquean el lado occidental del Orinoco; Juan Rivero, *Historia de las Misiones del Casanare y de los ríos Meta y Orinoco* (Bogotá: Imprenta de Silvestre y Compañía, 1883), 1.

unos esmeros de la naturaleza que no puede imitar el arte. Desde allí se divisan por aquellas campiñas muchas poblaciones de indios bárbaros, cerca de sus riberas unas, y otras lejos, á distancia de dos, de seis y de ocho leguas. Se goza allí de una temperatura apacible, porque la altura y las brisas que corren templan los ardores del sol originados de la proximidad de la línea equinoccial. No gozan de esta benignidad de temperatura las riberas del río, húmedas en extremo y cálidas, porque siendo muy bajas, las aguas continúan por las orillas, y estancándose en muchas lagunas y pantanos, humedecen la tierra y producen un destemple desapacible, al paso que la aglomeración de los árboles impide que los rayos del sol sequen la tierra.⁵¹

En un interesante cuadro desde esa cultura paisajera del trópico forjada por los jesuitas, Gumilla mezcla el paisaje físico con el humano en la tierra de los indios sálivas, cuya descripción en explosividad visual del Pararuma se inviste del filtro bíblico. Esta montaña, “parece una idea del arte, concebida en la más amena fantasía, qué roca natural [...]” adornada —señala el jesuita—, por hermosas huertas de los sálivas, tierras fértiles que “o elevaron a la fuerza los indios, o fueron depositadas por las aguas turbulentas del universal Diluvio”⁵².

La línea entre lo imaginario religioso y la emergencia de la ciencia queda ahí, en la marca geográfica, invitando a una reflexión sobre el poder de lo imaginario en la relación entre ciencia y fe, que explican el hábitat humano y la presencia dinámica de la naturaleza y de la cultura en tierras del trópico americano.

Conclusiones. Comprender paisajes ambivalentes

Como se observa, el paisaje que describieron y registraron los jesuitas en los trópicos puede interpretarse como una condición bidimensional del espacio paratáctico y liminar cuya potencia heurística plantea para el estudioso de la construcción de las miradas, experiencias geográficas y representaciones paisajeras coloniales dos modos de relación que gobiernan las prácticas espaciales de observación, penetración y control de territorios hechas por los jesuitas. Contemplación y acción guían las relaciones de lugares cuya traducción religiosa se inscribe en la creación, en tanto que espacio otorgado al hombre como un don paradisiaco; y en espacios para la acción humana, para ser transformados en una suerte de dialéctica entre paisajes: natural y humano abiertos al orden imperial y a una organización territorial que considera y transforma las condiciones del medio geográfico.

Dos lógicas coexisten al interior de la mirada geográfica de estos jesuitas del siglo XVIII que, como misioneros exploradores, recorrieron el interior de la América y las zonas periféricas de la red espacial occidental cuyos nodos eran la metrópoli, las ciudades

⁵¹ Rivero, *Historia de las Misiones...*, 43.

⁵² Gumilla, *El Orinoco...*, 200.

virreinales, las audiencias y las gobernaciones, enlazadas con la misión como avanzada en geografías desconocidas.

Esta segmentación y articulación del espacio se reproducirá en la misión frente a la selva y el “desierto”, un adentro y un afuera, un aquí y allá que autoriza la acción del misionero y, sin embargo, media como una fisura que anuncia el discurso cognoscitivo y estético del trópico, un giro de la mirada de apropiación mediante los sentidos que se ponen en juego en el viaje al espacio de frontera, natural y cultural. El paisaje se abre, la topofilia y la topofobia permiten cargar de emociones imágenes de atracción y rechazo respectivamente. En el caso de los misioneros exploradores, sus textos instrumentalizan en cierto modo estas imágenes, su carga semántica funciona como propaganda para atraer la mirada de la metrópoli más que de temor por su carácter salvaje o silvestre, domesticar de una manera el primer horror del encuentro con lo inconmensurable y lo visten de un nuevo lenguaje, de una nueva valoración de los fenómenos y los lugares.

El paisaje se convierte en un dispositivo para la memoria de un territorio, en una marca sobre el espacio que es presentada para unos destinatarios que, en el caso de los jesuitas, se dividen en tres grupos: la comunidad de la orden en la cual circulan los textos; los letrados y científicos; y el Rey (y/o sus Consejos reales). De modo que el sujeto que enuncia, plasma su enunciado intencionalmente para un público con el cual comparte un imaginario político-cultural, y/o al que aspira reportar curiosidades y novedades que cuestionan ciertos prejuicios sobre la geografía de los trópicos que deben debatirse, Gumilla anuncia una mirada crítica que interpelará los marcos de las miradas de aquí y allá, cuestionará la posición de espacios que se ignoran entre sí al referirse a América y Europa.

La imagen se disemina y marca los modos de representación. Cada paisaje descrito media entre el observador y el lector, transporta imágenes, remite al lugar, dotándolo de contenido visual correlativo a la experiencia espacial, y lo elabora como representación paisajera, que fluye cautivando la imaginación geográfica.

Los paisajes descritos funcionan como parte de un dispositivo de construcción de la misión como un espacio del deseo. Vinculado al viaje de exploración misional, este espacio se expresa de manera multidimensional: es sagrado, político, económico y natural, en una definición amplia de una geografía compleja, en el que se despliega una imagen poética y pragmática del trópico. Imagen de la contemplación de la creación, e imagen de recursos copiosos proclives al comercio como campo de expansión bajo la condición de atender esas periferias que siendo ricas están descuidadas.

Vistos como descripciones y narrativas, los paisajes plasmados en los textos jesuíticos remiten a una experiencia compartida, conforman en cierto modo la representación de una comunidad religiosa que se dedica a la misión en áreas periféricas y marginadas, zonas fronterizas que por su condición de espacios más allá propician una revisión de los modos de conocer las cosas de América y su geografía interna.

Existe un troquel emocional en relación con el espacio de los escritos de estos jesuitas, que es *leit motiv* para comprender el viaje como potencia y movimiento, *Ite*,

inflammate Omnia decía Loyola; en cierto modo, la posibilidad del desplazamiento por el globo se interpretaría como una condición *sine qua non* de la movilidad del misionero que no sólo es un “nómade” sino que busca producir un espacio heterotópico, cuyo *ethos* y *pathos* condicionan las emociones, su actitud y su proyección concreta en la reducción o misión. El *pathos* en tanto emoción comunicada del espacio y configurador de la topofilia que los jesuitas edificaron en su acercamiento a las regiones equinocciales, implicó una ardua y tensa traducción entre el código bíblico que filtraba las formas de significación del paisaje, el nuevo código de la ciencia clasificatoria y la presión material por activar unas regiones geográficas, cuyos paisajes de abundancia motivaban el trabajo y el diseño de planes de ocupación efectiva (esto al menos en el horizonte de expectativas jesuítico), brindando control a una frontera inestable que configura un marco paratáctico⁵³.

El problema de la representación y su comunicación presiona la revisión de estos textos que elaboraron una autoridad religiosa del decir en el trópico. En este proceso de la imaginación geográfica construyó una disposición de la mirada que se sitúa como un campo a interrogar. Pero el poder de visualizar no es neutro, se mueve en una delgada línea entre la verdad y la ficción, entre el horizonte utópico y el realismo del control, son expresión de funciones pragmáticas y estéticas. “Los ojos ven, ¿pero son en términos generales testigos fiables como pretendía Polibio? Y ¿Estos ojos son los mismos que autorizan el ver y escribir sobre América en el siglo XVIII?”⁵⁴

Sobre el contrapunto entre la verdad y la verosimilitud, la pregunta que sigue para seguir trabajando en una investigación de borde autoriza una reescritura de la historia frente al mirada pasatista o excesivamente literal de los textos (sin contexto). Tal escritura organiza la expectativa crítica acerca de cómo problematizar la espacialización de los saberes del trópico. Una tarea cuyo movimiento en el tiempo de la recepción historiográfica se reconfigura en los distintos regímenes de historicidad. Los procesos vistos explican la repetición y diferencia de las representaciones del paisaje americano, y de sus sentidos en el pasado que registraron los misioneros exploradores —que tanto admiraba el padre Del Rey Fajardo— como en su actualización crítica en el presente.

Nuevas preguntas y elecciones temáticas como las del valor de la imaginación geográfica, de los imaginarios y de los paisajes y territorios abordados en la correlación experiencia/texto, implican un modo de atención que se detiene a preguntar por las condiciones espaciales de producción del discurso, del espacio multidimensional de las prácticas, de la tensión de los imaginarios y las percepciones geográficas de paisajes históricamente situados, cuyo registro aún motivan interpretaciones y disputas en ese campo hermenéutico de las sucesivas invenciones de América.

⁵³ Vid Ramos Pérez, “Las ideas geográficas...” y, Juan Plazaola, S.J. (ed.), *Jesuitas exploradores, pioneros y geógrafos*, (Bilbao: Ediciones Mensajero, 2006)

⁵⁴ Cuevas, *Como el río que fluye ...*, 71

Bibliografía

I. Fuentes impresas

- Acuña, Cristóbal de. *Nuevo Descubrimiento del Gran Río Amazonas*. Madrid: Imprenta de J. García, 1891.
- Gumilla, Joseph. *El Orinoco ilustrado y defendido*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1993.
- Daniel, João. *Tesouro descoberto no Máximo Rio Amazonas*. Vol. 2. Río de Janeiro: Contraponto Editora, 2004.
- Gilij, Filippo Salvatore. *Ensayo de Historia Natural*. 3 T. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1965.
- Pfefferkorn, Ignaz. *Descripción de la Provincia de Sonora*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2008.
- Rivero, Juan. *Historia de las Misiones del Casanare y de los ríos Meta y Orinoco*. Bogotá: Imprenta de Silvestre y Compañía, 1883.

II- Referencias bibliográficas

- Almeida-Val, Vera Maria Fonseca de. "Revisitando a obra de Padre João Daniel. Redescobriendo o Tesouro", *Revista de Estudos Brasileños*, número especial – bioma Amazonia, Vol. 6, No. 11 (2019): 221-227. <https://www.revistas.usp.br/reb/article/view/154377/150572>
- Bowler, Peter. *Historia Fontana de las ciencias ambientales*. México: FCE, 1998.
- Cornelius Castoriadis. "El imaginario social Instituyente". *Zona Erógena*. No. 35 (1999): 1-9. Disponible en: <http://www.ubiobio.cl/miweb/webfile/media/267/Castoriadis%20Cornelius%20-%20El%20Imaginario%20Social%20Instituyente.pdf>
- Cañizares-Esguerra, Jorge. *Cómo escribir la historia del nuevo mundo. Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*. México: FCE, 2007.
- Colmenares, Germán. *Las haciendas de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1969.
- Cosgrove, Dennis. *Social formation and symbolic landscape*. Madison: The University of Wisconsin Pres, 1998.
- Cuevas Quintero, Luis Manuel. "Como el río que fluye: los jesuitas en el Orinoco, producciones de espacialidad y experiencia de lugares en el siglo XVIII." Tesis de Maestría (inédita). México: Universidad Iberoamericana, 2012.
- Cuevas Quintero, Luis Manuel. "Navegando en el mar de los gentiles. Metáforas del espacio sagrado en el discurso jesuita del Orinoco (siglo XVIII)". *Revista Geográfica Venezolana*, Instituto de Geografía y Conservación de los Recursos Naturales No. 1 Vol. 58, (2017): 222-238
- Del Rey Fajardo, José S.J. Samudio, Edda. *Hombre, tierra y sociedad*. San Cristóbal, Bogotá: Universidad Católica del Táchira, Pontificia Universidad Javeriana, 1996.
- Del Rey Fajardo, José, s.j. (editor). *Misiones jesuíticas en la Orinoquia* Tomos I y II. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, 1992.

- Del Rey Fajardo, José S.J. *Una Utopía sofocada: reducciones jesuíticas en la Orinoquia* Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1998.
- Eco, Umberto. *El vértigo de las listas*. Barcelona: Lumen, 2009
- Foucault, Michel. *EL cuerpo utópico: las heterotopías*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2010
- Frye, Northrop. *El Gran código: una lectura mitológica y literaria de la Biblia*. Barcelona: Gedisa, 1988.
- Gerbi, Antonello. *La Disputa del nuevo mundo, Historia de una polémica 1750-1900*. México: Fondo De Cultura Económica, 1982.
- Giard, Luce. "La actividad científica en la primera Compañía" en Los jesuitas y la ciencia. Los límites de la razón, coordinador José Luis Bermeo, *Artes de México*, No. 82; (2005): 8-19
- Harris, Steven. "Mapping Jesuit Science: The Role of Travel in the Geography of Knowledge". In *The Jesuits: Cultures, Sciences and the Arts, 1540–1773*, eds., John W. O'Malley, Gauvin A. Bailey, Steven J. Harris and T. Frank Kennedy, 212–240. Toronto: University of Toronto Press, 1999.
- Levy, Jacques. "Actores, objetos, entornos: inventar el espacio para leer el mundo". En *Los giros de la Geografía Humana. Desafíos y horizontes*, dir. Alicia Lindon y Daniel Hiernaux, 83-90. Barcelona: Anthropos, México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2010.
- Lotman, Iuri. *Cultura y explosión. Lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1999.
- Marzal, Manuel; Negro Tua, Sandra (coords.) *Un reino en la frontera : las misiones jesuitas en la América colonial*. Quito: Abya-Yala : Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000
- Millones, Luis; Ledezma, Domingo (eds.). *El saber de los jesuitas, historias naturales y el Nuevo Mundo*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2005
- O'Gorman, Edmundo. *La invención de América: investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*. México: Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Pérez Morales, Edgardo. "La naturaleza como percepción cultural. Montes y selvas en el Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII". *Fronteras de la Historia*, No.11 (Bogotá, 2006): 57-84.
- Plazaola, Juan S.J. (ed.). *Jesuitas exploradores, pioneros y geógrafos*. Bilbao: Ediciones Mensajero, 2006.
- Cuevas, Como el río que fluye ..., 71
- Rabasa, José. *Inventing America: Spanish Historiography and the Formation of Eurocentrism*. Norman: University of Oklahoma Press, 1993.
- Ramírez, Marco Aurelio. "Albores de la Independencia: emergencia del americanismo telúrico en la Lirica Criolla colonial". En *El otro lado del imperio. Nueve miradas en torno a la crisis del orden colonial*, Comp. Carmen Carrasquel y Luis Manuel Cuevas Q., 63-84. Mérida-Venezuela: Universidad de Los Andes, 2010.
- Ramos Pérez, Demetrio. "Las ideas geográficas de Gumilla. La comunicación Orinoco-Amazonas y su navegación". *Estudios Geográficos*, No.14 (Madrid,1944): 179-199.
- Rueda, José Eduardo. *Campos de Dios y campos del hombre. Actividades económicas y políticas de los jesuitas en el Casanare*. Bogotá: Universidad del Rosario, 2018.
- Samudio, Edda . "Las haciendas jesuíticas de las Misiones de los Llanos del Casanare, Meta y Orinoco". En *Misiones jesuíticas en la Orinoquia* T. I editado por J. Del Rey S.J, 717-781. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, 1992.

- Tuan Yi-Fu, *Space and Place: The Perspective of Experience*. Minneapolis: University of Minnesota Press), 2008.
- Tuan, Yi-Fu. *Topophilia a Study of Enviromental, Perception, Attitudes and Values*. New York: Columbia University Press, 1990.
- Turco, Angelo. “Figuras narrativas de la geografía humana”. En *Los giros de la Geografía Humana. Desafíos y horizontes*, dir. Alicia Lindon y Daniel Hiernaux, 91-122. Barcelona: Anthropos, México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2010.
- Waddell, Mark A. *Jesuit Science and the End of Nature’s Secrets*. Farnham: Ashgate. 2015.